

CAPÍTULO VII

Exaltación y ruina de los cismáticos.—Éxito del V Concilio universal de Letrán.—Los suizos como salvadores de la Santa Sede.—Destrucción del poderío francés en Italia.—Adhesión de Maximiliano I al Concilio de Letrán.—Muerte de Julio II.—Juicio definitivo sobre su actividad política y eclesiástica.

El resultado de la batalla de Ravenna volvió á comunicar algún ánimo á los cismáticos, que celebraban su conciliábulo en Milán. Cautamente habían diferido todavía los mismos el completo rompimiento con el Papa, hasta tanto que se decidiera la suerte de las armas; pero ahora, á 21 de Abril de 1512, acordaron suspender á Julio II de toda administración eclesiástica y política, la cual se había traspasado á la santa Sínodo; y amenazaban tomar todavía ulteriores medidas. «Pero ni aun el mágico encanto que rodeaba, después de la reciente victoria, á las armas francesas, fué bastante para comunicar vida á aquella criatura de los cismáticos, que había nacido muerta» (1). La mayoría de los milaneses no sentía sino odio y menosprecio hacia aquella empresa, de la cual el mismo Luis XII había confesado al embajador español, que no era sino una farsa, un espantajo para intimidar al Papa (2); y los cismáticos hubieron de contemplar, de qué manera

(1) Brosch, Julius II, 249. Lehmann, 33. Hergenröther, VIII, 486 ss.
(2) Garnier, Hist. de France, XXII (París 1788), 358.

millares de personas pedían de rodillas, al prisionero cardenal de Médici, la absolución de las censuras en que habían incurrido por tomar parte en la guerra contra el Papa (1).

En Roma había entretanto Julio II desplegado una actividad infatigable; y los apuros en que se vió sumido después de la batalla de Ravenna, no fueron suficientes para menoscabar su valor en lo más mínimo. Es verdaderamente admirable de qué manera, en medio de las calamidades de la guerra, continuaba incansablemente los preparativos para el Concilio universal (2). La guerra le había obligado á diferir el comienzo de aquella asamblea eclesiástica hasta el 3 de Mayo (3), y aun cuando no habían desaparecido todavía las dificultades, observó, sin embargo, la fecha señalada.

Fué aquél un momento trascendental. Más de ochenta años habían transcurrido desde la apertura del concilio de Basilea, el cual, en lugar de la esperada reforma, había producido en la Cristiandad, con sus procedimientos revolucionarios, una confusión inmensa. Ahora volvía á reunirse en Roma un concilio legítimo, bajo la autoridad del Papa; en primer lugar, para proteger la unidad de la Iglesia contra los conatos reformatorios de Francia, y luego para resolver las grandes cuestiones del siglo: la reforma de las cosas eclesiásticas y la defensa contra los turcos.

Después de haber celebrado tres días procesiones de rogativas, la tarde del 2 de Mayo de 1512 se dirigió el Papa en procesión solemne, rodeado de su guardia suiza y con fuerte escolta militar, al palacio de Letrán, donde pernoctó; y como se temía que el partido francés promoviera turbaciones, todos los alrededores del citado palacio estaban guarnecidos de tropas. Al siguiente día, fiesta de la Invención de la Santa Cruz, se celebró la apertura del Concilio en la antigua y venerable basílica que lleva el honorífico título de «madre y cabeza de todas las iglesias»; hallándose presentes, además del Papa, 16 cardenales (otros dos se habían excusado por enfermedad), y cerca de 100 prelados, los más italianos, entre ellos 70 obispos, 12 patriarcas y 3 generales de Ordenes religiosos; asimismo los embajadores de España, Venecia y Florencia, el Senador de Roma y los Conservadores, y final-

(1) Jovius, Vita Leonis X. lib. 2. Roscoe, I, 510.

(2) Paris de Grassis, ed. Döllinger, 416 ss. Cf. Desjardins, II, 574 s.

(3) Raynald, 1512, n. 28-30.

mente, un buen número de personas de la nobleza romana. La guardia de honor había sido encargada á los Caballeros de Rodas, los cuales ofrecían un hermoso espectáculo con sus magníficos trajes resplandecientes de oro y seda, y con la cruz blanca sobre el pecho. Una inmensa muchedumbre de gente llenaba la espaciosa iglesia; (1) el cardenal Riario celebró la misa del Espíritu Santo, y después el General de los Agustinos, Egidio de Viterbo, pronunció en clásico latín una oración generalmente admirada, en la cual se extendió libremente sobre los grandes daños de la Iglesia y los extraordinarios provechos de los sínodos. Desde su ideal punto de vista, interpretó el orador la derrota de Ravenna como una indicación de la Providencia, para que la Iglesia, vendida con las armas que le son ajenas, se volviera á aquellas que son propias suyas; es á saber: la piedad, la oración, el escudo de la fe y la espada de la luz. Con estas armas había la Iglesia conquistado el Africa, la Europa y el Asia; pero con ajenos arreos, y armamentos que no eran los suyos, había vuelto á perder mucha parte de ellas. La voz de Dios había excitado al Papa á celebrar el Concilio, reformar la Iglesia, darle paz á ella y á los pueblos, y además, evitar los golpes y las heridas. «Y tú, dijo el Señor á Pedro (Luc. 22, 32), en algún tiempo convertido, confirma á tus hermanos.» ¡Oíd, augustos Patronos, defensa y amparo de la ciudad de Roma! ¡Oíd en qué exceso de males ha sido precipitada la Iglesia fundada con vuestra sangre! ¿No veis de qué manera absorbe la tierra más sangre que lluvia, y ya no nos queda que sufrir sino la muerte? ¡Acudid en nuestro auxilio y erigid de nuevo la Iglesia! El pueblo, hombres y mujeres, personas de todas edades, el universo mundo, ruega y suplica; ruegan los Padres, el Sínodo y el mismo Papa, que le conservéis á él, la Iglesia, la ciudad de Roma, estos templos, estos altares, estos vuestros sagrados cuerpos; que arméis este Sínodo lateranense, con el auxilio del Espíritu Santo, para salud de toda la Cristiandad; que hagáis que los príncipes cristianos se reconcilien y vuelvan sus armas contra Mahoma, el enemigo declarado de Cristo; que la caridad de la Iglesia, no sólo no se extinga con estas olas, estas tormentas y cataclismos, sino por los méritos de la augusta

(1) Sanuto, XIV, 203 s. Paris de Grassis, ed. Döllinger, 417. V. también la relación de Cerretani en el Cod. II, III, 76 de la *Biblioteca nacional de Florencia*.

Cruz y la dirección del Espíritu Santo, á los cuales juntamente celebramos en esta solemnidad, se vea limpia de todas las manchas que la afean y restituida á su primera pureza y esplendor antiguo» (1).

Después que Egidio hubo terminado su discurso, el Papa, que había estado con los cardenales en el coro de la basilica, dió la bendición, hizo publicar una indulgencia plenaria y entonó el himno *Veni Creator Spiritus*; luego se dirigió á la nave central, donde se había erigido el aula del Concilio. Allí se cantaron las letanías de los Santos, con las oraciones correspondientes, y el cardenal diácono Luis d' Aragona cantó el Evangelio de la misión de los Discípulos á predicar. Como Julio II estaba algo indispuerto, leyó el cardenal Alejandro Farnese, en su nombre, una alocución en la cual se explicaban brevemente las causas del concilio y las esperanzas cifradas en él. Ahora había creído finalmente el Papa, deber convocar el concilio, por él desde mucho tiempo antes deseado, pero diferido por razón de las guerras entre los príncipes cristianos; para que una excisión introducida por Satanás en la Casa de Dios, no se extendiera más ni contagiara el rebaño de Cristo. Rogaba, pues, á todos, que tuvieran ante los ojos á Dios Nuestro Señor, y deliberasen con libertad, procurando agradar á Dios antes que á los hombres. Confiaba que, con auxilio del Altísimo, se enmendarian las malas costumbres, se restablecería la paz entre los Estados cristianos, y se destruirían, bajo la enseña de la Cruz, las astucias del antiguo enemigo. Con esto quedó abierto el Concilio, y se fijó el 10 de Mayo para celebrar la primera sesión (2).

Después de terminadas las ceremonias, se dirigió el Papa á San Pedro ad Víncula, sumamente complacido por la manera como se había efectuado la grandiosa solemnidad. Chanceóse acerca de las solicitudes que desde un principio había abrigado, sobre que se promovieran disturbios; y prometió un obispado al primer maestro de ceremonias Paris de Grassis, que lo había preparado y organizado todo tan acertadamente (3).

(1) Labbe, XIV, 18 s. Hardouin, IX, 1573 s. Hergenröther, VIII, 501 ss. Rohrbacher-Knöpfner, 413 ss.

(2) Sanuto, l. c. Paris de Grassis en Raynald, 1512, n. 35-39. Hergenröther, VIII, 506-507.

(3) Paris de Grassis, ed. Döllinger, 418.

Como estaba prefijado, reunióse la primera sesión del concilio de Letrán el 10 de Mayo, bajo la presidencia del Papa. Celebró la misa del Espíritu Santo el cardenal Grimani, y pronunció el sermón Bernardino Zane, veneciano como dicho cardenal. Como tal, se ocupó extensamente en el peligro de los turcos, y luego se extendió tratando de la unidad de la Iglesia. Esta consistía, en primer lugar, en la unión de los miembros entre sí; y en segundo lugar, en la subordinación de los mismos bajo su cabeza, el Vicario de Cristo; por lo cual, son cismáticos todos aquellos que no obedecen á dicha cabeza, ni quieren vivir en comunidad con los miembros que le están sujetos. Y como, por derecho divino y humano, cada uno debe ser castigado en aquello en que peca, así también recae sobre los cismáticos un doble castigo: pues, por una parte, son excluidos de la comunidad de los fieles, y por otra, pierden los apostólicos privilegios, cargos y dignidades. Es incumbencia del Papa y de los Padres del Concilio, combatir á los herejes y cismáticos, y ponerlos en estado que no puedan perjudicar, para que el daño no se haga mayor y la chispa no se convierta en incendio. Luego pronunció el Papa una breve alocución, en la cual recordó á los presentes las incumbencias del Concilio, señalando como tales, la extirpación del cisma, la reforma de la Iglesia y la cruzada contra los infieles. A esto siguió la lectura de las bulas de Julio de 1511 y Abril de 1512, así como el nombramiento de funcionarios del Concilio, los cuales prestaron inmediatamente en manos del Papa el juramento de sus oficios (1).

Ya á 17 de Mayo tuvo lugar la segunda sesión del Concilio, en la cual se debía tratar sobre la nulidad del sínodo de Pisa. Más de cien prelados se presentaron en ella (2); celebró la misa solemne el cardenal húngaro Tomás Bakócz, después de lo cual, el General de los Dominicos, Tomás de Gaeta (Cayetano), pronunció un discurso por extremo notable, sobre la doctrina católica de la Iglesia y de los Sínodos. Describió la Iglesia como la ciudad santa de Jerusalén, contemplada por San Juan en el Apocalipsis (21, 1 ss.), con sus instrumentos de salvación (los Sacramentos), con sus apóstoles, pastores, doctores y carismas, y con

(1) Hergenröther, VIII, 507-514. A las fuentes que cita este autor, añádase también Sanuto, XIV, 224, 228.

(2) Paris de Grassis, ed. Döllinger, 419.

sus habitantes íntimamente unidos entre sí, á semejanza de los miembros de un cuerpo. Demostró que la Iglesia era una ciudad, que era santa, ciudad de paz (Jerusalén); que, en contraposición con la sinagoga, permanecía siempre nueva y vigorosa, y que, descendiendo del cielo, está formada á semejanza de la monarquía celestial. Esta Iglesia, continuó declarando Cayetano, está regida, en lugar de Cristo, por su Vicario, al cual deben obedecer todos los moradores de la ciudad, no sólo singularmente por sí, sino también todos reunidos. Las notas de la verdadera Iglesia no convienen á la comunidad de los pisanos, la cual antes ha salido del infierno que descendido del cielo; como no representa más que á una sola nación, y aun á ésta no totalmente, carece de universalidad, y no manifiesta ser aquella ciudad á la cual concurren la muchedumbre de los pueblos, y en la que confluye la inmensidad del mar (Is. 60, 5). Aquella asamblea no es santa, ni legítima; está contaminada de errores, sometiendo á Pedro á la Iglesia, el Papa al Concilio, y haciendo que los miembros presidan á la cabeza y las ovejas al pastor; no puede llamarse Jerusalén, porque no tiene la paz, que es la tranquilidad del orden; sino más bien procura socavar el orden admirable de la Iglesia, y hacer la guerra contra la Iglesia romana; es, pues, más bien ciudad y torre de Babel, origen de confusiones. Es nueva, pero no con la novedad propia de la verdadera Iglesia; su novedad tiene origen en las doctrinas de Constanza y Basilea. El Papa (concluye el orador), debe imitar á Dios en el poder, la perfección y la sabiduría: en el poder, ciñéndose su espada; pues posee una doble espada; por una parte, la que le es común con los príncipes seculares, y por otra, la que le es peculiar á él sólo: ésta es la espada de la autoridad eclesiástica contra los errores y cismas. Mas el poder del Papa ha de andar acompañado de la perfección, que consiste en la misericordia. Para esto es menester que se añada la sabiduría, la cual se manifiesta principalmente en la reunión de los concilios, y es necesario que sobresalga cada día más, para que cumpla las esperanzas concebidas, y restituya á la Iglesia aquella forma en que la vió en espíritu el Discípulo amado (1).

Es muy significativo, para entender la mudanza que se había realizado en las opiniones de los más de los teólogos, que esta

(1) Hergenröther, VIII, 514-516.

condenación extraordinariamente vigorosa de las falsas teorías conciliares, en ninguno halló resistencia (1). En extensos círculos se había ya reconocido cuán terribles daños había acarreado á la Iglesia y al mundo aquella teoría originada en una época de inmensa confusión. La debilidad de los pisanos, y el éxito del concilio reunido por el Papa en Letrán, dieron una prueba de la preponderancia alcanzada por la opinión católica, que los concilios no pueden ser saludables para la Iglesia sino unidos con el Papa y sometidos á él.

Después del discurso de Tomás de Gaeta se leyó una carta del rey de Inglaterra acerca de su alianza con el Papa, y luego el escrito del monarca español que acreditaba á su consejero Jerónimo de Vich, como delegado suyo y de su hija Doña Juana, reina de Castilla, para que asistiera al concilio y auxiliara al legítimo Papa Julio contra los cismáticos. Siguió después la lectura de la bula pontificia sobre la confirmación y renovación de las censuras fulminadas contra el falso concilio, y al propio tiempo, en atención á las circunstancias presentes, á la necesidad de esperar á los representantes de las otras naciones, y al intenso calor de los meses de verano, se fijó para la tercera sesión el 3 de Noviembre (2).

Mientras Inglaterra se adhería abiertamente á la alianza antifrancesa, también el Emperador iba entrando en relaciones cada vez más estrechas con el Papa, el cual le daba esperanzas de procurarle una paz favorable con Venecia. Fué en esta parte de grande importancia, haber logrado Julio II determinar á Maximiliano á la conclusión de una tregua de 10 meses con la República de San Marcos; y aun cuando con esto no rompía el Emperador su alianza con Luis XII, sin embargo, tomó una actitud que debía ser perjudicial á Francia, y favorable, por el contrario, á la Liga. Ya en Abril permitió el paso por sus dominios á los suizos, á quienes Schinner (3)

(1) Maurenbrecher, *Kathol. Reformation*, 107. Cf. también Paris de Grassis, ed. Döllinger, 423-424. Sobre Cayetano, cf. *Wetzer und Welte's Kirchenlexikon*, II, 1675 s. Por lo demás, las ideas conciliares daban todavía muchas veces señales de vida, como lo muestran, por ejemplo, las deliberaciones del consejo real de Castilla, que pueden verse en Döllinger, III, 200 ss.

(2) Hergenröther, VIII, 516-517. Cf. Sanuto, XIV, 242 s., 267.

(3) El breve que Julio II dirigió á Schinner el 18 de Abril de 1512, y que éste transmitió á los suizos, se halla traducido al alemán en Fuchs, II, 331. El original se conserva en el *Archivo público de Zurich*.

había movido á acudir en auxilio, y los proveyó de vituallas (1).

A fines de Mayo se habían reunido en Verona todos los contingentes suizos en número de 18,000 hombres, y también se halló en la mencionada ciudad el cardenal Schinner, el cual entregó á sus paisanos, «como caballerosos y fieles defensores y amparadores de la Santa Iglesia y del Papa», presentes de Julio II, es á saber: un precioso sombrero de príncipe, adornado de oro y perlas, y una magnífica espada, como símbolo de que la Confederación helvética era independiente de toda otra soberanía temporal (2). Este reconocimiento lo tenían muy bien merecido, pues aquellos valerosos hijos de las montañas debían dar en el teatro de la guerra de Italia el golpe propiamente decisivo, haciéndose de esta suerte salvadores de la Sede Apostólica. Aun cuando en aquella expedición de los suizos influyeron también motivos políticos y financieros, predominaban, sin embargo, poderosos motivos religiosos (3); testigo de ello es Zwinglio, capellán castrense de los de Glaris, el cual escribía á su amigo Vadian de Viena: «Los suizos ven el triste estado de la Iglesia de Dios, madre de la Cristiandad, y consideran dañoso y peligroso que cualquier tirano pueda impunemente asaltar, conforme á su codicia, á la Madre común de los fieles cristianos» (4).

Casi al mismo tiempo que se presentaron los suizos, Maximiliano llamó á los lansquenets que servían en el ejército de

(1) Huber, III, 396. Ulmann, II, 447. Gisi, 46 s. Hasta ahora se había admitido, que el diplomático pontificio Ennio Filonardi había sido enviado por Julio II á Suiza. Con todo eso, Wirz, E. Filonardi (Zurich, 1894) ha demostrado, que la nunciatura de Filonardi en Suiza no empieza hasta el año 1513, siendo pontífice León X.

(2) Dierauer, II, 412 s. Cf. Gisi, 63 s. y Cardo, 23. Conforme á un decreto de la dieta de Baden, el sombrero con su original caja de hoja de lata, y la grande y magnífica espada, soberbio trabajo del renacimiento italiano, fueron depositados en Zurich; primeramente se conservaron en la biblioteca de dicha ciudad, y actualmente se hallan en la armería del museo nacional suizo de Zurich, y se hallan descritos y dibujados en el *Neujahrsblatt* de la biblioteca pública de Zurich para 1859, compuesto por G. v. Wyss, con el título: «Die Geschenke Papst Julius' II an die Eidgenossen». El diseño de la espada se halla también en la obra: *Zurich und das schweizerische Landesmuseum* (1890), Tafel 21. V. también Dändliker, *Gesch. der Schweiz*, II, 313.

(3) Juicio de Gisi, 48, y Dierauer, II, 413.

(4) Zwinglii Opera, ed. Schuler et Schulthess, IV (Turici, 1841), 169. Cf. Heer, U. Zwingli als Pfarrer von Glarus (Zurich, 1884) 22 s. Dierauer y Gisi, loc. cit.

Luis XII, los cuales habían contribuido esencialmente á la victoria de Ravenna y constituían la propia médula de la infantería francesa; y precisamente cuando las tropas francesas se debilitaban por tan sensible modo, cuatro ejércitos enemigos, uno papal, á las órdenes del duque de Urbino, otro español, veneciano y suizo, se disponían á tomar la ofensiva. Los franceses no podían pensar en recibir refuerzos de su patria; pues todas las tropas disponibles eran necesarias para defender las fronteras de su territorio contra los acometimientos de los suizos y españoles. De esta suerte el ejército francés, á quien desde la muerte de Gastón de Foix faltaba el orden, el ánimo y el plan, evacuó primero la Romaña, y perdió muy pronto asimismo la Italia superior. Ya á 14 de Junio estaban los suizos frente á Pavia, la cual capituló después de un breve sitio; y entonces se levantó todo el Ducado de Milán contra los franceses, que en todas partes se retiraban, y cuyo gobierno se había hecho aborrecible (1).

Mientras de esta manera perdía enteramente Francia todas las ventajas alcanzadas por la victoria de Ravenna, quedaban asimismo sin apoyo los cismáticos. A 4 de Junio acordaron trasladar su asamblea á Asti, y aquella retirada se pareció más bien á una fuga, logrando escaparse en tal coyuntura el prisionero cardenal de Médici (2). Pero tampoco en Asti pudieron sostenerse los cismáticos, y hubieron de pensar en seguida en trasladar de nuevo su sínodo á Lyon. La acción que desplegó allí la eclesiástica asamblea, se redujo substancialmente, á exigir subsidios al clero francés y á la Universidad de París. «Sin una conclusión oficial, se disolvió como por sí mismo aquel conciliábulo galicano» (3).

(1) Cf. Gisi, 53 s.

(2) El 3 de Junio, en Pieve del Cairo, junto al Po; v. Raynald, 1512, n. 59; Lehmann, 34; Creighton, IV, 152, y Arch. st. lomb. X, 381-395 (con un documento de León X). Vasari pintó la huida en el Palazzo Vecchio de Florencia; en Pieve se halla también un cuadro que se refiere á ese suceso, con la cual pintura se ha pretendido relacionar, á mi juicio equivocadamente (cf. abajo cap. 10), el cuadro de Rafael acerca de la libertad de S. Pedro, que se halla en las Stanze.

(3) Maurenbrecher, Kath. Ref., 105. Hergenröther, VIII, 518-520. Lehmann, 34. Sandret, Concile de Pise, 453. Maulde, Origines, 135, 325-326. En la relación de un espía, escrita desde Francia, la cual llegó á Venecia el 11 de Septiembre de 1512, se dice irónicamente: Papa Bernardín [= Carvajal] stava mal in tal modo che credo ch'el lasserà la mitria. Sobre el Papa Bernardino — dimandato Martino VI — v. también Grumello, 138 y Ratti en el Arch. st. lomb. 1896, p. 101.

También Génova se había levantado contra los franceses, eligiendo por Dux á Juan Fregoso, y declarándose independiente (1). Rimini, Cesena y Ravenna, volvieron al dominio del Papa; y á 13 de Junio el duque de Urbino tomó posesión de Bolonia en nombre de la Iglesia (2). Los pontificios se dirigieron entonces contra Parma y Plasencia, que Julio II reclamaba como pertenecientes á la herencia de la condesa Matilde. A 20 de Junio, Octaviano Sforza, obispo de Lodi, entró en Milán como gobernador, por encargo del Papa (3). A 28 de Junio llegaba La Palice al pie de los Alpes, sin gloria ni fuerzas, con el resto de su ejército. De esta suerte, el causante del cisma, Luis XII, perdió en diez semanas, no solamente el fruto de la victoria de Ravenna, sino también todos sus dominios de Italia, aun Asti, hereditaria posesión de su Casa. Su guerra de destrucción contra el Papa, había fracasado; «como la niebla ante los rayos del sol, escribe Francisco Vettori, se disiparon los soldados de Luis XII», sin librar una batalla y casi sin haber defendido una ciudad (4). Lo que desde hacía años había procurado Julio II, empleando para ello todas sus fuerzas, se había conseguido súbitamente y como por milagro; y como tal pudo glorificarlo en uno de los frescos del Vaticano, el más grande pintor que existió jamás (5).

Era el día 22 de Junio, cuando Julio II recibió noticias exactas sobre la expulsión de los franceses, por una carta escrita en Pavia por el cardenal Schinner. El Papa leyó primero en silencio y para sí, aquella larga epístola, y luego dijo, radiante de alegría, á su primer maestro de ceremonias: «¡Hemos vencido, Paris, hemos vencido!»—«Sea para bien de Su Santidad», replicó éste.—«Y de todos los leales, añadió con viveza el Papa, á quienes Dios se ha dignado librar finalmente del yugo de los bárbaros.» Luego desplegó otra vez la carta, y la leyó á todos los presentes desde el

(1) Cf. la triunfante **carta de Juan Fregoso á Fernando el Católico, fechada en Génova, á 6 de Julio de 1512, cuyo original hallé en Fonds espagn., 318, de la *Biblioteca nacional de París*.

(2) El 15 de Junio de 1512, Julio II confirió al cardenal-legado Juan de' Médici, la facultad de absolver de las censuras á la ciudad de Bolonia, exceptuados los partidarios de los Bentivogli. Lib. Q. 5 del *Archivo público de Bolonia*.

(3) Dierauer, II, 414. Gisi, 56 s.

(4) Vettori, ed. Reumont, 287. V. también las vehementes expresiones de Paris de Grasis, ed. Döllinger, 420, contra los franceses. Cf. además Gisi, 62.

(5) Sobre este cuadro de Rafael daremos pormenores más abajo, en el capítulo 10.